

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

El régimen de los desaciertos

No parece sino que la mano tenebrosa y cruel de la fatalidad viene pesando, como estigma diabólico, sobre los destinos de esta desgraciada Nación, hecha botín de ruinosos aventureros, que ni siquiera han sabido guardar la noble y gallarda actitud del buen Quijote.

Parecieron muchas y hasta peligrosas esas beneméritas asociaciones de hombres patriotas y ejemplares, y la cesariana voluntad de un solo hombre, invocando el nombre de la democracia y, en realidad, vueltas las espaldas a la opinión y al pueblo, inventó un candidato para cerrar conventos de varones apostólicos, y alzó más alto el blasón del libertinaje, para que vivieran el amparo de su nombre las codicias desentrenadas, y las corrupciones garantidas.

Y todo esto se hacía para acallar los amenazantes conciliábulos de las izquierdas, que apelaban a los argumentos del griterío callejero...

Pero otorgando y concediendo funestamente un puñado de reales decretos a los que pedían en nombre de la Revolución, se echó en blivido a los que resignados y preteridos velaban en silencio por los fueros de la razón, por las gloriosas tradiciones de la Patria...

Lo cual dió por resultado lo que se esperaba: el que se envalentona la fiera, arrojando por su boca y sus narices nuevas llamaradas de odio, mientras la víctima de sus furoras y del cesarismo gubernamental temblaba acorralada y maltrecha, herida por el látigo y la desconfianza...

Había que apaciguar de nuevo las maquinaciones de la izquierda, y se lanzaron a las fauces ansiosas de la bestia, enloquecida por su maldad y orgullosa por sus triunfos, sendos trozos de carne, haciendo desaparecer en su obsequio los odiados pinchos y las vigilantes casetas de los consumistas...

Pero la fiera no se amansaba, a pesar de todos los trozos de carne y las concesiones; los trozos de carne arrojados a su voracidad, no aplacaron su hambre... Deseaba más, más cada vez...

Un día aciago rodó por el suelo de la política todo el cuerpo mortalmente herido de un hombre ilustre... El revolver de un asesino acababa de ejecutar el plan de una conjuración o el mandato de designios misteriosos e irrevocables...

Antes se oyó un grito leve sobre la fiera, en tanto que un coro de falsos amigos cantaba en sus oídos la gloria del altar—sin ara y sin cruz—de las mundanas pompas...

Con aquel cadáver pudo hundirse el sueño de los unos, pero se levantaba más pujante la ambición de los demás...

Y, aún caliente el cuerpo inanimado de aquel hombre ilustre, se disputaban la gloria de sucederle... ¿Para qué?...

¿Para rectificar su obra? ¿Para enmendar sus yerros y tomar orientaciones por el buen camino?...

¡Nada de eso!... ¡Para seguir cebando más a la fiera, concluyendo por echar a sus colmillos afilados los pergaminos santos, gloriosos, patriotas de la Tradición, en las auguradas hojas del Catecismo. ¿Y consentiremos esa afrenta?... ¡Católicos españoles!... ¡Contra la fiera, por Dios y por la Patria!

MIGUEL RAMOS LUQUE.

CRISTO VIVE

Con semblante duro, repugnantes modos, los inquietos jefes de la ruin canalla decretaron fieros, coaligados todos, preparar los pueblos a la gran batalla.

Resplandor siniestro iluminó los mundos, blasfemaron ellos con rugir de infierno, se escaparon gritos de terror profundos por las hondas simas del oscuro averno.

Atropó los montes de fatal consigna resonando altivo el infernal acepto; renovó el ímpio su intención maligna con rumor ingente que llevaba el viento.

Ni a Mahóma, Buda, ni a Confucio guerra, les declara el monstruo en su fatal empeño, y en armar batallas con ardor se aferra, contra Cristo solo, su señor, y Dueño.

Con rencorosa fiera de traición ofensa, al el procaz al pronto se mostró indeciso, el Señor supremo que ep los reyes manda escalar soberbio las mansiones quiso.

Del error blandiendo la infamante espada que rociado había con total veneno, desgarró las carnes de su Esposa amada, profirió la feroz desatada el puñal, y le miró trasarse su conducta, infiera reprochando luego con dolor del alma, y tan pesados como bien lo oiera, contestóme al punto con sañuda calma:

¿Por ventura has visto que jamás se alzase adversario alguno ante rival que es muerto, que con un fantasma de verdad luchase y aceptara duelo de enemiga incierto...?

Contra Cristo solo, Redentor amante, de Luzbel la saña sin cesar revive; se revuelve el malo con furor constante combatiendo a Cristo, luego Cristo vive!

A. ALP. SEQUE BLANC

Tal es hoy la marcha de los tiempos, de las costumbres, de un número de gentes, y a veces de los mismos poderes, trabajan para sustraer a la juventud estudiosa de la vigilancia de la Iglesia y de la virtud saludable de la Religión. Se desean y reclaman en todas partes escuelas llamadas neutras, mixtas, laicas, con el fin de obtener de los alumnos una educación en una completa ignorancia de las cosas más santas y sin el menor cuidado de la religión. ¿Hallándose este mal mucho más extendido, y siendo más grande que los remedios, se

ve cómo se multiplica una generación descuidada de los bienes del alma, ignorante de la religión, a menudo impía. Descartad de vuestro país desdicha tan grande, Venerables Hermanos, y poned en ello todo vuestro cuidado, todo vuestro celo.

LECN XIII.

SOBRE LO MISMO

Cosa muy natural parecerá a primera vista lo de no hacer obligatoria en nuestras escuelas la enseñanza del Catecismo. Y lo parecerá, no solamente a los que profesan abiertamente el libre-cultismo, sino aún a muchos que pasan por católicos enteros y veridaderos, preciándose de tales e indignándose contra quien quiera que les niegue este título.

Si embargo, es cosa que no puede tolerarse. No hablamos aquí con los enemigos francos de nuestra religión, que lo son todos los libre-cultistas conscientes; puesto que enemigo es de la religión católica el que le niega su carácter de única verdadera poniéndola al nivel de las religiones falsas. El libre-cultismo sólo puede licitamente profesarse en hipótesis, es decir a título de mal menor tolerado.

Hablamos con personas que, faltas de sólida formación cristiana, vituperadas por el vocerío de los defensores de la libertad, y encantadas con bellas ilusiones relativas a esa misma libertad, llevada a todos los órdenes de la vida, creen con cierta buena fe que es cosa expulsa que se llama no muy propiamente libertad de conciencia.

Vayamos al caso. Quiere el jefe del Gobierno que sea libre la enseñanza del Catecismo en las escuelas. Ya demostramos que esto se opone a las leyes vigentes; pero hemos de generalizar la cuestión y demostrar que es irracional y absurdo en sí mismo.

¿Qué se propone el Presidente del Consejo al intentar tal novedad? ¿Proteger la libertad de conciencia de los niños? A los niños no se les reconoce la libertad de conciencia ni otra porción de libertades. Incapaces de juzgar por sí mismos acerca de principios y doctrinas, se enseñan lo que se pide, y aunque lo rechacen, ¿Quién es el mantecado o el malvato que responde al niño derecho para negarse, en nombre de la libertad de pensamiento y de conciencia, a obedecer a los superiores y a dedicarse al trabajo? Aunque el niño diga que en su concepto la patria potestad y la autoridad del maestro pugnan con la libertad burguesa, no habrá quien no se ría de sus filosofías precoces, y no se juzgue con derecho a llamar a la obediencia y a la aplicación, aunque sea por medio del azote.

No, al niño no se le pregunta qué le parece mejor, sino que se le procura lo que como tal han juzgado otros dotados de más prudencia.

Peró se dirá que de lo que se trata no es precisamente de respetar la libertad de los niños, sino la de los padres que no quieren para sus hijos tal enseñanza.

Los padres que no quieren Catecismo para sus hijos no son los pertenecientes al común de los ciudadanos. Aunque ellos no crean, o mejor, no practiquen, no por eso ven con malos ojos que los hijos aprendan la doctrina. Lo más ordinario es que no se preocupan de ello, pero opouerse, de ninguna manera.

¿Son de las altas clases, de las clases intelectuales, influyentes en la política? Los padres de estos hijos no van a la escuela pública; lo más regular es, entendiéndose bien, que tengan primero, en casa un preceptor clerical, a veces un verdadero clérigo, y luego manden a los chicos a los Escolapios o a los jesuitas.

¿Cómo pueden pedir, y si piden, con qué derecho, que no sea en las escuelas obligatorio el Catecismo cuando ellos quieren que sus hijos sean instruidos por quienes consideran la enseñanza de la doctrina cristiana como la primera obligación del maestro?

No tirien estos argumentos vuelta de hoja, y queremos ponerlos bien de bulto para que se fijen siquiera aquellos hombres de buena fe que por pereza intelectual se dejan alucinar por los trompontajes de la dialéctica sectaria. Que vean todos como esas intenciones por parte del Gobierno carecen por todos lados de fundamento razonable.

Sin la religión, las escuelas hurtan, probablemente más daños que bienes, probablemente servirían tan solo para formar una barbarie de nueva especie.

En todos los países donde una sólida educación religiosa acompaña a la instrucción primaria, ésta es fecunda en resultados morales; si no, no.

COUSIN.

La leyenda de los Hohenzollern

Los sucesos actuales recuerdan la leyenda llamada de Hohenzollern.

En 1829, Guillermo I de Prusia, tuvo la ocasión de consultar a la célebre vidente Mlle. Lenormand.

El rey le preguntó: —¿Cuándo tendré ocasión de mandar, por primera vez, en campaña de batalla?

Ella respondió: —Añada al número del presente año las cifras que lo componen y suma.

1829 - 1 - 8 + 3 + 9 = 1849